

ORACIÓN

Ven a nosotros, Espíritu Santo.

En este tiempo de adviento, haznos comprender la palabra de esperanza de tus profetas de Israel, anunciando un “cielo nuevo y una tierra nueva”, y la palabra de Jesús de Nazaret.

Escuchando su palabra, concédenos orar con perseverancia capaz de espera.

Concédenos crecer en una esperanza consistente y activa.

Concédenos vivir una esperanza resistente a todo pesimismo y desánimo, fuerte para trabajar por una sociedad más justa según el corazón de Dios Padre. AMEN.

TEXTO

LUCAS 1,57-2,21

«⁵⁷ Pero para **Isabel** fue cumplido el tiempo para dar a luz y engendró un hijo.

⁵⁸ Y sus vecinos y parientes escucharon que **el Señor** había engrandecido su misericordia para con ella y se alegraban con ella.

⁵⁹ Y sucedió que el día octavo vinieron a circuncidar **al niño** y le llamaban como a su padre, **Zacarías**.

⁶⁰ Y, respondiendo, **su madre** dijo: “No, será llamado Juan”.

⁶¹ Y le dijeron: “No hay nadie en tu familia que sea llamado con ese nombre”. ⁶² Pero hacían señales a **su padre** para saber cómo quería que fuese llamado.

⁶³ Y, pidiendo una tablilla, escribió diciendo: “**Juan** es su nombre”.

Y todos se extrañaron.

⁶⁴ Pero al momento fue abierta su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a **Dios**.

⁶⁵ Y sucedió un miedo sobre todos los que habitaban alrededor; y en toda la montaña de Judea se hablaba de todos estos hechos. ⁶⁶ Y todos los que los oyeron los retuvieron en su corazón, diciendo: “¿Qué será entonces **este niño**?” (Porque **la mano del Señor** estaba con él).

⁶⁷ Y **Zacarías, su padre**, fue llenado de **Espíritu Santo** y profetizó diciendo:

⁶⁸ “Bendito **el Señor, el Dios de Israel**, porque ha visitado y hecho la liberación a su pueblo, ⁶⁹ y nos ha suscitado un cuerno de salvación en la casa de David, su siervo, ⁷⁰ como lo había dicho por boca de sus santos profetas desde siempre; ⁷¹ salvación de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian; ⁷² para hacer misericordia con nuestros padres y recordar su santa alianza, ⁷³ el juramento que hizo a Abrahán, nuestro padre; y concedernos ⁷⁴ ser liberados sin temor de la mano de nuestros enemigos, para rendirle culto ⁷⁵ en santidad y justicia en presencia de él, todos nuestros días.

⁷⁶ Pero también **tú, niño, serás llamado** profeta del **Altísimo**, porque irás por delante en presencia del **Señor** para preparar sus caminos, ⁷⁷ para dar a su pueblo conocimiento de salvación por el perdón de sus pecados; ⁷⁸ por medio de las entrañas de misericordia de nuestro Dios por las que nos visitará **el sol que nace de lo alto**, ⁷⁹ para aparecerse a los que se encuentran en tiniebla y sombra de muerte, a fin de dirigir nuestros pasos por camino de paz.

⁸⁰ Pero **el niño** crecía y se fortalecía en espíritu; y estaba en los desiertos hasta el día de su presentación pública ante Israel.

²Pero sucedió que, por aquellos días, salió un decreto de César Augusto para hacer censar a todo el mundo.
²Este fue el primer censo; siendo Quirino gobernador de Siria. ³Y todos iban a hacerse censar, cada uno a su propia ciudad. ⁴Pero también **José** subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que es llamada Belén, al ser él de la casa y del linaje de David, ⁵para hacerse censar con **María**, su prometida, que estaba encinta.

⁶Pero sucedió que, estando ellos allí, se cumplieron los días para dar a luz; ⁷y dio a luz **a su hijo primogénito** y lo envolvió en pañales y lo puso en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada.

⁸Y **unos pastores** estaban en esa región viviendo en los campos y haciendo la guardia durante la noche junto a su rebaño.

⁹Y **un ángel del Señor** se les presentó y **la gloria del Señor** los rodeó de luz y fueron atemorizados con un gran temor. ¹⁰Y les dijo **el ángel**: “**No temáis**, porque he aquí que os anuncio una buena nueva, que será una gran alegría para todo el pueblo: ¹¹hoy, en la ciudad de David, ha sido dado a luz para vosotros un salvador que es **el Cristo Señor**; ¹²y este es el signo para vosotros: encontraréis a un recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre”.

¹³Y de pronto llegó con **el ángel** una **multitud del ejército celestial** alabando a **Dios** y diciendo: ¹⁴“¡Gloria a **Dios** en los cielos y en la tierra paz para los hombres de su benevolencia!”.

¹⁵Y sucedió que, cuando **los ángeles** se fueron de ellos al cielo, **los pastores** hablaban entre ellos: “Vayamos, pues, a Belén y veamos este acontecimiento anunciado, lo que **el Señor** nos ha hecho conocer”.

¹⁶Y fueron aprisa y descubrieron a **María** y a **José** y **al recién nacido** acostado en el pesebre. ¹⁷Pero, al verlo, dieron a conocer la noticia del acontecimiento relativo a **este niño**. ¹⁸Y todos los que los oyeron quedaron maravillados de lo dicho por **los pastores** a ellos. ¹⁹Pero **María** conservaba todos estos acontecimientos, interpretándolos en su corazón. ²⁰Y **los pastores** se volvieron, glorificando y alabando a **Dios** por todo lo que habían oído y visto, de acuerdo con lo que les había sido anunciado.

²¹Y, cuando se cumplieron los ocho días, [llegó el momento de] circuncidarlo y le pusieron por nombre **Jesús**, como había sido llamado por **el ángel** antes de ser concebido en el seno».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (1,57-80)

- Vv. 57-58: María ha desaparecido de la escena. Isabel se queda sola con el niño que espera. El mensaje del ángel (1,13) se cumple al pie de la letra. Se difunde la noticia: Isabel, que vivía antes retirada (1,24.56), se alegra ahora en compañía de sus parientes y vecinos. Se presenta al recién nacido como fruto de la bondad de Dios. «Hacer grande» debe tomarse en sentido propio. Todo nacimiento es saludado con gozo, mucho más el nacimiento milagroso de Juan, querido por Dios. En Lucas, el gozo es una característica de la fe que constata cómo avanza la historia de la salvación. Pero el v. 58 indica solamente la importancia del acontecimiento para la madre. El episodio siguiente extenderá su significación a todo el pueblo.
- Vv. 59-66: El relato está hecho así porque han sucedido muchas cosas extraordinarias. Lo extraño comienza con el nombre del niño. Isabel está con Zacarías de parte del designio de Dios. El incrédulo Zacarías declara ahora, al escribir el nombre, que finalmente confía en el ángel. «Al momento», es decir, milagrosamente, se abrieron sus labios. Él lo comprende como la conclusión del signo (1,18-20), mientras que el pueblo ve en ello el origen divino del nombre de un niño a quien nadie esperaba. Después de la admiración general (v. 63b), el temor de Dios invade al pueblo y se extiende por toda la región (v. 65). Como Lucas no volverá a Juan hasta el capítulo 3, se contenta con señalar aquí la asistencia y la providencia de Dios mediante una expresión del AT: «Porque la mano del Señor estaba con él» (v. 66).

La circuncisión el día octavo está ya prescrita en las Escrituras (Gn 17,12; 21,4; Lv 12,3). Las dificultades comienzan con el nombre que se le da al niño. En general no se le daba al niño el nombre del padre, sino más bien el del abuelo. ¿Es la edad avanzada de Zacarías -que podría ser abuelo- lo que justifica la excepción (v. 59), o han cambiado las costumbres? Un padre que físicamente no era del todo normal le daba a veces su propio nombre a su hijo, probablemente para que el hijo compensara la enfermedad del padre. Juan significa en hebreo «YHWH es clemente». Al niño se le llama «el niño» en los vv. 59.66.76.80. Por el contrario, en los vv. 41.44 leemos «el bebé», como para Jesús (2,12.16).

En el centro del episodio no está únicamente el cumplimiento de la promesa según la naturaleza, es decir, el nacimiento del niño, sino también el cumplimiento según la cultura, la atribución del nombre. El ser humano no es solamente una existencia biológica; tiene también una inserción social, en el seno de su familia y de su pueblo. Llevar un nombre es tener la posibilidad de relacionarse con los demás y de estar seguro de su propia identidad. A ello se añade aquí un elemento más: el nombre pone al niño en relación con Días, ya que es el ángel el que lo ha anunciado. El niño será el consuelo de sus padres y el signo de la compasión de Dios.

- Vv. 67-79: Lo mismo que Isabel había recibido de Dios el don de la inteligencia llena del Espíritu santo (1,41-45), Zacarías puede también profetizar lleno del Espíritu santo (v. 67). En el v. 66a escuchábamos la pregunta cargada de esperanza de todos los asistentes: «¿Qué será entonces este niño?». El *Benedictus* da la respuesta esperada a esta pregunta.

«Bendito sea el Señor, el Dios de Israel» (v. 68a) es una fórmula de bendición. Un himno esenio comienza así: «Bendito sea el Dios de Israel el que guarda su alianza y testimonios de salvación para el pueblo que ha redimido» (1QM 14,4-5). El que se hable solamente de Israel («el Dios de Israel») no es una restricción por parte de Dios, sino la expresión de su voluntad y de su amor. La intención se dirige al mundo entero, pero comienza por lo concreto.

El motivo de la alabanza va introducido tanto en las bendiciones como en los himnos de acción de gracias por «porque». El Dios de Israel «ha visitado a su pueblo». Dios no solo tiene sus ojos sobre su pueblo, sino que viene de verdad, para castigar a su pueblo pero, sobre todo, para liberarlo. En el judaísmo de la época, el término designa la venida escatológica. El himno recoge la perspectiva de un pueblo y no la de una familia (1,58). El himno habla en metáforas: la «visita», la «liberación», el «cuerno» se emplean en sentido figurado; no son imágenes que hagan soñar, sino cifras en las que los iniciados encuentran una verdad familiar. Lo que se renueva continuamente en el judaísmo es la conexión del lenguaje bíblico con la historia del pueblo: a través de las viejas metáforas resuena una voz impregnada de realidades escatológicas. Cuando Lucas se une a esta voz y da gracias por la venida de Jesús, el Mesías davídico (1,31-33), las viejas imágenes recobran vida.

Tanto en el *Benedictus* como en el *Magnificat* el cumplimiento de la salvación coincide con el cumplimiento de la palabra profética (cf. 1,55). El que los profetas sean llamados santos pertenece al lenguaje piadoso y señala que sus escritos se han hecho canónicos.

Los vv. 71-73a constituyen una segunda estrofa. El giro del v. 71 se debe a la predilección de Lucas por el vocabulario de la salvación, pero los «enemigos» y «los que nos odian» pertenecen al lenguaje convencional de los salmos. Cuando Lucas analiza la tragedia de la cautividad de los hombres y de las mujeres, el enemigo es el diablo y raras veces, como aquí, unos enemigos humanos. Según el v. 72a, Dios ha concretado su misericordia «con nuestros padres». Lucas siente todavía el vínculo entre la promesa a los padres (v. 70; cf. «Abrahán, nuestro padre» en el v. 73) y el cumplimiento actual (vv. 68-69).

El v. 72b nos lleva a la promesa, al Dios que se acuerda, que quiere ser el Dios fiel. Dios no se olvida de su promesa. Su alianza es sagrada a sus ojos, ya que se trata de su alianza. La noción de alianza no aparece mucho en Lucas y siempre tiene que ver con Abrahán (cf. Hch 7,8). Estos tres temas: la alianza, el juramento y la misericordia, están reunidos en los vv. 72-73a; están asociados además a la liberación (vv. 68-69). El contenido de la promesa, es decir, la posteridad innumerable y la bendición, no se menciona, ya que se trata de algo que todos conocen. Que el contenido esencial de la promesa a Abrahán haya pasado a ser *la liberación* y no la expansión del pueblo es una prueba de la lamentable situación de los

judíos de la época. Una liberación no se lleva a cabo normalmente sin momentos de angustia, pero aquí la mano de Dios es tan poderosa, tan activa, que el pueblo es liberado de sus enemigos sin que tenga nada que temer. Somos a la vez beneficiarios del don y objetos de la liberación, para que nos hagamos sujetos de nuestro porvenir en Dios (vv. 74b-75).

En Israel, la liberación se realiza en lo concreto, es decir, es también social y política, pero se realiza ante Dios: en la vida religiosa («en la santidad») y comunitaria («y la justicia»). La promesa del éxodo tiene como objetivo el culto en la tierra santa. Lucas se muestra fiel a esta perspectiva judía. No la ha universalizado ya que piensa en *el impacto salvífico* de la vida de Jesús y quizás también porque ve en la santificación y en la Justicia un resumen de los dos principales mandamientos (cf. 10,26-28). Tras el giro «a lo largo de nuestros días» se transparenta su ética de paciencia y fidelidad cotidiana (cf. 9,23). La estructura del texto establece la obra de Dios como fundamento de la vida humana.

El futuro del Bautista se describe en el lenguaje de la profecía. Al hijo de María corresponde el porvenir de Hijo del Altísimo (1,32); a Juan, el de profeta del Altísimo. Lucas insiste más en la función profética de Juan (3,1-22) que en su bautismo. Pero este profeta no tiene más que un pie en la antigua alianza; el otro está en la nueva. Él es el último de los profetas, el precursor. Su nacimiento y su misión se sitúan en el quicio entre los dos testamentos.

La misma salvación no puede venir más que con Jesús (vv. 68-71). Pero el precursor trae consigo más de lo que anunciaban sobre él los profetas. Trae el «conocimiento de la salvación» (v. 77). No se trata de un conocimiento puramente intelectual, ya que brota de la experiencia existencial del perdón y tiene su fuente en esa relación viva con Dios, que es fruto del arrepentimiento que Juan va a predicar. El término «conocimiento» tiene que comprenderse en el sentido semítico de conocimiento práctico, de sabiduría, de fe, de reconocimiento. El aspecto central del término para Lucas es que *implica al ser humano y lo vincula a Dios*. El pueblo conoce su salvación cuando se examina ante el Señor, se pregunta por la imagen errónea que se hace de Dios y se pone a escuchar la palabra de Dios.

Una expresión fuerte, «por las entrañas de misericordia de nuestro Dios», vincula la descripción del precursor (vv. 76-77) con el anuncio del Mesías (vv. 78-79), ya que concierne al uno y al otro. La obra del Bautista y la venida de la aurora no pueden comprenderse más que como frutos tangibles de la compasión de Dios. «De misericordia» describe lo que hay en las «entrañas» de Dios, es decir, en la sede de sus sentimientos, a saber, la misericordia, la compasión. Esta compasión de Dios, como origen y agente de la historia de la salvación, raras veces se ha designado de una forma tan personal y existencial. «Aurora» es una metáfora mesiánica. El Hijo de David no surge de la tierra como los demás, sino del cielo. Describe la aparición del Mesías y su origen. Para Lucas, esta tensión está cargada de sentido: Jesús se va a levantar en medio de los seres humanos. Sin embargo, vendrá «del cielo» (cf. 1,35).

El objetivo de la «visita»: el Mesías vendrá a traer la luz. Los lectores del v. 78 se acuerdan del Sal 106(107),10, y del oráculo mesiánico de Is 9,1. La luz escatológica del Mesías iluminará de pronto las tinieblas del mundo de los mortales. La luz que trae la vida. «Los que se encuentran en tiniebla y en sombra de muerte» no son en primer lugar los paganos, sino «nosotros» (v. 79). Lucas piensa también en el mensaje cristiano que abrirá los ojos de los paganos y los conducirá de la muerte a la vida (Hch 26,17-18).

La «epifanía» del Mesías exige que los que ven sepan y actúen: el pueblo, pasivo hasta ahora, puede levantarse y «marchar derecho». Este motivo de la marcha expresa la obediencia; la vida en la alianza y según la voluntad de Dios es un camino. La paz es el estado de armonía del pueblo que se ve liberado de sus enemigos y vive en la comunión de su Dios.

- El sumario (v. 80): Se resume brevemente el crecimiento del niño. Gracias a los sumarios de los Hechos que describen el crecimiento de la comunidad o la expansión de la Palabra, podemos saber lo que entiende Lucas por «crecer» y «robustecer». Dios es el autor de este crecimiento, que es signo de vida y de bendición. Podemos decir que todo le va bien a Juan; la atención puede desde ahora dirigirse de nuevo a Jesús.

SEGUNDA UNIDAD (2,1-21)

- Después del sumario relativo a Juan (1,80) comienza una nueva perícopa, centrada en José y María. Se observa un doble «Sucedió que» (2,1.6); el primero anuncia la situación (2,1-5) y el segundo, el relato propiamente dicho (2,6-20). El v. 21 está aislado. La perícopa debe su unidad y su fuerza al arte de Lucas.
- Vv. 1-5: El párrafo tiene dos partes: a) la proclamación del decreto (vv. 1-2) y su aplicación (v. 3); y b) el caso particular de José y María (vv. 4-5). El tema del censo, ¿es un medio para trasladar a esta familia de Galilea a Belén, busca una confrontación entre Augusto y Cristo o es simplemente histórico? Lucas siente predilección por las fechas. En 3,1 sitúa solemnemente los comienzos de la predicación de Juan. En 1,5 sitúa a Zacarías en tiempos de Herodes. En ambos casos la óptica es judía, ligada a *la promesa*. Ahora que comienza *el cumplimiento*, el horizonte se ensancha a las dimensiones de la *ekumene* (para Lucas, el imperio romano). Sobre este trasfondo del edicto imperial adquiere todo su peso el anuncio de los ángeles del nacimiento del «Salvador» y del «Señor». Como la salvación tiene lugar en la historia, toma un color político: la teología política de Augusto, reforzada especialmente en oriente por la veneración religiosa del monarca, queda aquí desenmascarada y absorbida por la afirmación cristológica. Al mismo tiempo, Lucas, insistiendo en la obediencia de José y de María, polemiza implícitamente con los movimientos revolucionarios zelotes. Al lector moderno se le escapa fácilmente la importancia que tiene un censo para el poder: el monarca quería conocer el número de sus súbditos para plegarlos a sus exigencias militares y fiscales. La Biblia conoce, a partir del ejemplo de David (cf. 2Sm 24), la tentación y el peligro que puede representar un censo: el pueblo pertenece solo a Dios; solo Dios tiene derecho a contar a su pueblo (Nm 1,26). De todas formas, la hostilidad contra cualquier censo había alcanzado su apogeo en Israel. Acomodarse a la ocupación romana era renegar del único dueño y señor, el Dios de Israel. Este problema había caldeado los espíritus y dividido al pueblo. Según Flavio Josefo, el nacimiento del movimiento zelote va asociado a un censo romano. Lucas da a entender en el v. 4 que la aplicación del edicto (v. 3) es *la causa del viaje a Belén*. Pero los censos se hacen siempre en el lugar de domicilio. Así que Lucas transforma la prescripción legal para servir a sus proyectos narrativos y teológicos, a fin de traer a José y a María de Nazaret a la ciudad mesiánica de Belén. Aquí, en el v. 4, se aprovecha para citar de pasada los lugares que serán más tarde escenario de la actividad de Jesús. José, en cuanto *pater familias*, tiene la iniciativa. De María se dice por primera vez, de pasada, que está encinta. Al lector le choca sin duda que una prometida viaje con su prometido, y sobre todo encinta.
- El nacimiento de Jesús (vv. 6-7.21): José y María están «allí». Llegan a su destino y los días se han «cumplido». María ha tenido un verdadero embarazo y Jesús un verdadero nacimiento. Al contrario de la mariología ulterior que ve el milagro en el tiempo anterior (concepción inmaculada) y posterior (virginidad *in partu et post partum*), aquí no hay ningún milagro. Lucas emplea el término *protótokos* («primogénito»); con *monogénés* hubiera dado a entender la virginidad de María *post partum*. ¿Remite *protótokos* a la voluntad primordial del Dios creador, a la que pertenece Jesús? ¿Se ha convertido en un título cristológico que designa al Señor, en su encarnación y resurrección, como primogénito de una humanidad nueva? Lucas sitúa a Jesús en *una relación privilegiada con Dios*, y no con los hermanos y hermanas que pudieran haber venido después de él. A pesar de la tradición cristiana, «albergue para pasar la noche» no es una posada tal como nosotros la imaginamos; para ello existe otra palabra. La que utiliza Lucas (*katalyma*) designa un lugar en donde puede uno detenerse, desenganchar los caballos, soltarlos para pasar la noche. Los pueblos semitas tuvieron bastante tarde albergues o posadas, probablemente bajo la influencia griega. Antes, los viajeros podían contar con *el deber sagrado de la hospitalidad*. En la época del NT, además de la hospitalidad privada, existía la casa de acogida de las sinagogas, las chozas construidas por los peregrinos, las paradas y apeaderos para las caravanas, así como las *mutationes* (relevos para los animales de tiro) y las mansiones para pasar la noche (sobre todo en las ciudades).

V. 21: José sigue estando en segundo plano. Lo mismo que el v. 6, el v. 21 habla del cumplimiento de los días; así se realiza el programa previsto en 1,26-38. Niño judío, Jesús se integra en el pueblo de la promesa: recibe el signo de la fidelidad de Dios y de su alianza con Israel, la circuncisión (v. 21). Lucas menciona este hecho sin interpretarlo, ya que para él, cristiano no judío, la circuncisión, que integraba al pueblo de Israel, ya no era necesaria. No puede negar que Jesús haya sido judío, pero lo que le interesa es el porvenir de este niño y, a través de él, el porvenir del pueblo de Dios, esos tiempos en que la fe y el bautismo sustituirán a la circuncisión. El comentario sobre el nombre de Jesús (v. 21) no trasciende los límites del relato (cf. 1,31): Jesús recibe el nombre dado y ordenado por el ángel. Dios quiere que Jesús se llame Jesús y se convierta, por eso mismo, en lo que este nombre significa. Sin embargo, es extraño que Lucas, después de haber escrito el v. 11, no juegue con la etimología de este nombre: «YHWH salva».

- Los pastores (vv. 8-13): Sigue siendo enigmático por qué Lucas no nos cuenta más sobre el nacimiento de Jesús. Otra dificultad, el papel de los pastores. Los textos rabínicos, críticos con los pastores, no tienen bastante peso para compensar el papel positivo que les conceden los escritos bíblicos. Israel, que se autocomprende como un pueblo nómada, se sirvió del título de pastor para designar tanto a su Dios, como a su rey o mesías. El v 8 es descriptivo y nos muestra a los pastores velando. Hasta ahora, el mensaje solo afectaba a María; ahora llega a un vasto auditorio (v. 18).

En el v. 9 comienza la tercera revelación por medio de un ángel en Lucas: Dios *tiene mucho que decir* a su pueblo. El verbo utilizado expresa la llegada repentina del ángel. Este verbo se utiliza corrientemente para designar la llegada inopinada de un ser celestial. El ángel es probablemente Gabriel.

Lucas añade un motivo extraordinario: la gloria de Dios se aparece y envuelve a los pastores. El contraste entre la noche y la luz es tan artístico como en el pasaje mesiánico de Isaías (Is 9,2). Simétricamente, el temor de Dios es proporcionalmente grande. El v. 9 describe el decorado del discurso del ángel, pero sirve también de prelude al coro celestial (vv. 13-14). La gloria de Dios no existe sin la corte celestial. No es evanescente, ni tampoco se deja cautivar por el templo. Sorprendente, viva, irradia aquí y ahora, reduciendo a la nada todos los programas humanos, hasta los religiosos. Aquí señala la fidelidad y la libertad de Dios.

El ángel cumple con su misión (vv. 10-12). Su mensaje enlaza con el temor suscitado por su aparición (cf. 1,13.30). El mensajero fundamenta sus palabras de aliento en el contenido del mensaje, de forma que «no temáis» engloba el pasado y el futuro. Su dimensión se amplifica aún más hábilmente por medio de la antítesis entre el temor y la alegría (v. 10).

El ángel califica de antemano su mensaje de *buena nueva* (evangelio). Lucas conoce la raíz veterotestamentaria del verbo *evangelizar*, pero también su significado ideológico para los griegos y los romanos. El uso del verbo en este lugar atestigua *una voluntad polémica* contra el imperio. El gozo reinaba ya desde las primeras páginas del evangelio; aquí se subraya una vez más. Si Dios está actuando al comienzo y al fin del evangelio -y allí están los ángeles para confirmarlo (cf. 24,4)-, el pueblo recibe la paz (cf. 24,36) y el gran gozo (cf. 24,52). La misión mediadora de los pastores de difundir la buena nueva queda esbozada desde ahora («para vosotros» [«os»] - «para todo el pueblo»). La buena nueva es el nacimiento del Hijo, no el gozo de los pastores. La palabra «hoy» marca tanto el cumplimiento como la actualidad. Cuando Dios actúa en nuestras vidas, es el «hoy» en que hemos de escuchar su voz.

El ángel anuncia el nacimiento con un título comprensible para todos, tanto judíos como griegos: «Salvador». Este título representaba un gran papel en aquella época, sobre todo en la ideología política de los príncipes helenistas. Lucas lo reivindica para su Mesías, que en los primeros capítulos es un Mesías que cura, demostrando así concretamente su bondad.

Lucas no concibe el nacimiento en la ciudad de David solo históricamente, sino también bíblicamente, como *cumplimiento de una profecía* (Miq 5,1). El Salvador es *el* y no *un* Mesías, pero el título *Mesías (Cristo) Señor* es poco habitual. El AT llama al ungido de Dios «el Cristo del Señor». Estos dos títulos juntos (*Mesías Señor*), sin artículo y sin «y» no se encuentran en ningún otro lugar del NT. Por tanto, Lucas *quiere claramente insistir en el señorío de Jesús* tanto como en su misión de salvación.

Lo que sigue en el v. 12 es el ofrecimiento de un signo. Lucas recoge la función del signo de la tradición bíblica: mediante los signos, se respetan la trascendencia del Dios que actúa y la independencia absoluta de su acción; pero el signo presenta al mismo tiempo la demostración de que Dios actúa ciertamente en medio de este mundo. Lo que aquí llama la atención es que el signo sea idéntico a la cosa significada (el referente): Jesús es el signo de la cristología. En otras palabras: Jesús, el recién nacido envuelto en pañales, es el signo de Jesús Salvador, Mesías y Señor. Es raro en la Biblia que el signo y el referente estén tan cerca; *jamás Dios se ha acercado tanto a nosotros*. El signo que Dios promete a su pueblo es el mismo Jesús. Y con el signo tiene lugar la salvación.

Poner pañales a un recién nacido es normal en Palestina, a diferencia de lo que hacían los egipcios. Lo que se sale de lo ordinario es el «pesebre» o «comedero», aunque el término *fatne* puede significar también «establo». El pesebre es probablemente de piedra, tallado en la pared, porque la madera era demasiado cara. Lo que importa, desde una perspectiva literaria es la triple mención del niño «acostado en el pesebre» (vv. 7.12.16).

- La alabanza de los ángeles (vv. 13-14): Lo mismo que en Is 6,1-2, la gloria del Señor (v. 9) y la multitud de los ángeles (v. 13) aparecen asociadas en esta ocasión. «De pronto» (el adverbio acentúa el milagro), los pastores asisten a la liturgia celestial. El autor fija su mirada en la corte celestial que rodea a Dios, el Señor rey. Así es como se representaba una visión celestial en 1Re 22,19). Lo que cantan los ángeles transporta la revelación cristológica de los vv. 10-12 al contexto más amplio de la alianza de Dios con su pueblo: el reconocimiento de la distancia que separa al Creador de la criatura, representada aquí por el cielo y la tierra y también por la liturgia de adoración tanto de los ejércitos celestiales «arriba», como de los creyentes «aquí abajo». Conocer a Dios, para Lucas, es cantar sus alabanzas (v. 13) y adorarle (v. 14). Pero la «gloria» de Dios está tan poco concentrada en sí misma que llega a irradiar incluso entre los pastores. Dios la incluye en su movimiento hacia los seres humanos. La «paz» que acompaña a la gloria es la característica de la alianza que Dios ofrece a su pueblo (v. 14). Esta paz se establece ahora por el nacimiento del Mesías y por el anuncio de la palabra divina. La paz, que es un don de Dios, es también fuerza y mandato.

El canto de alabanza es un himno en dos partes. Tenemos el quiasmo: (A) gloria, (B) cielo, (B') tierra, (A') paz. Dios y los hombres tienen su lugar simétrico al final de cada parte. Este entrelazado constituye la gracia del himno.

Para Lucas, Dios rebosa afectividad. *Eudokía* (complacencia, benevolencia) es un término de relación. La *eudokía* de Dios suscita la *eudokía* del ser humano y espera esta respuesta con impaciencia.

Los ángeles no pronuncian el nombre de Jesús, pero en su plegaria (v. 14) glosan su nacimiento (vv. 6-7) y completan el significado de su persona (vv. 10-11).

- La visita de los pastores (vv. 15-20): Ahora todo se desarrolla según un programa establecido de antemano. El vocabulario pierde su fuerza sugestiva, lo cual acentúa la impresión negativa. Lucas puso más arte en describir el anuncio del signo que el mismo signo. No por falta de talento, sino a propósito: *lo esencial es el mensaje de los ángeles*; lo que hagan los pastores es menos significativo, ya que es toda la vida de Jesús y no solo sus primeras horas lo que confirmará la buena nueva. Los vv. 15-20 son una transición: carentes de ritmo, con varias repeticiones, vocabulario abstracto y neutro... no son más que una invitación a proseguir la lectura del evangelio.

Los pastores lo primero que hacen es cambiar impresiones sobre lo ocurrido. Los pastores se expresan como Lucas, y Lucas habla en términos bíblicos. Solo la prisa crea un poco de tensión en el relato. Esta prisa es un medio literario para indicar la cercanía del Dios que conduce la historia (cf. 1,39).

Los vv. 17-18 recogen un motivo típico de algunos de los relatos de milagros: el enfermo curado cuenta la noticia de su curación. Estos versículos están en tensión con el v. 20, en donde se refiere el final de la visita. La mención convencional de la admiración se expresa aquí por una reacción indirecta, no la de los pastores, sino la de sus oyentes. Los conceptos teológicos de este pasaje tienen también su importancia para la predicación cristiana, ya que *rema* expresa a la vez el acontecimiento y su interpretación divina, y

laleo no es un hablar ordinario, sino el discurso de la predicación auto-implicativa y persuasiva. Los pastores se contentan, en el v. 20, con repetir la alabanza de los ángeles (v. 13).

María en el v. 19 se encuentra en la misma situación respecto a los pastores y sus oyentes que Zacarías respecto a su familia y sus vecinos (1,63-67). «Guardar con cuidado», «conservar» y «calcular», «interpretar», no habituales en Lucas, describen una actitud y un comportamiento altamente positivos. Muy cercanos al «guardar» del evangelio de Juan, el primero significa registrar y conservar en la memoria, tanto la acción vista como las palabras oídas. No se trata de un recuerdo melancólico de un pasado perdido, sino de la memoria del contenido vivo de la fe. Pero no basta con guardar en el espíritu los *remata*, los acontecimientos. María, modelo de los creyentes, debe además comprenderlos e interpretarlos: el segundo verbo designa la interpretación clara y justa de la intervención divina. Así pues, María comprende lo que ha visto y oído. María no interpreta con su entendimiento, sino con su voluntad y afectividad: en su corazón.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?